

Estadísticas y representaciones colectivas

Acerca de los *fact-totems* y la imaginación estadística

GASTÓN J. BELTRÁN

Durante los largos meses de 2001 Argentina parecía dirigirse inexorablemente al abismo. Esos meses significarían la debacle final de la convertibilidad y con ella, de un modelo económico y de país que había parecido inalterable durante toda una década. El final largamente anunciado (y esperado) no se produciría sin fuertes desgarramientos: la confiscación de los depósitos, una devaluación del trescientos por ciento y una crisis política, institucional y social darían al mes de diciembre un carácter verdaderamente dramático. Es en este complejo escenario, y reflexionando sobre el índice de “riesgo país”, que Martín de Santos busca escudriñar los procesos a través de los cuales los públicos no expertos crean sus propias representaciones acerca de las figuras estadísticas.

Introduciendo y desarrollando un concepto que le permite echar luz sobre este particular fenómeno, el *fact-totem*, de Santos se propone comprender el proceso a través del cual los públicos masivos incorporan e interpretan determinadas estadísticas y las consecuencias de dicha incorporación para la vida pública. La contribución más original del texto se encuentra sin dudas en el esfuerzo por enfatizar una mirada escasamente explorada respecto a la significación e impacto de los números. El análisis que se propone se encuentra en cierto modo alineado con aquellas elaboraciones que ponen de relieve el valor y el significado de las construcciones numéricas, particularmente a partir del estudio del impacto de la economía (Malabre, 1994; Brochier, 1997; McCloskey, 1998; Bourdieu, 1999; Callon, 2009). Sin embargo, diferenciándose de aquellos trabajos que vinculan la trascendencia numérica a procesos de formalización matemática al interior de la ciencia económica, la preocupación de de Santos se concentra en el valor simbólico que las estadísticas adquieren una vez puestas a circular colectivamente. Esto supone, en-

tonces, correrse del contexto de producción y de los juegos políticos que intervienen en la construcción de los números. De este modo, de Santos muestra cómo el carácter “mágico” de determinados números no se circunscribe únicamente al ámbito de la toma de decisión política y económica, sino que permea hacia públicos más amplios relacionados difusamente con los efectos directos de las estadísticas. Para dichos públicos las construcciones estadísticas asumen la forma de representaciones simplificadas de la realidad, constituyendo interpretaciones sintéticas del mundo que los rodea. Esta relación entre los públicos legos y los números ha sido, a pesar de la centralidad de las estadísticas en la vida cotidiana, escasamente estudiado. El trabajo enfoca entonces en comprender las representaciones estadísticas una vez que éstas desbordan los contornos epistémicos de los expertos y llegan a la esfera pública.

El abordaje para dar cuenta de este problema, de por sí una tarea compleja, es resuelto a través de una estrategia de investigación novedosa y original. A través del análisis de la difusión por los medios y la realización de entrevistas en profundidad con miembros de los públicos, se da cuenta de los procesos implicados en el tránsito de las estadísticas desde un ámbito sumamente estructurado a otro altamente fragmentado constituidos por ciudadanos, trabajadores y consumidores que no cuentan con los marcos interpretativos del saber experto para decodificar sus significados. Este movimiento del ámbito de la producción al del consumo, implica a su vez concebir a las estadísticas como objetos y símbolos culturales que encarnan significados arraigados en las colectividades. Esta doble estrategia metodológica permite dar cuenta de cómo las estadísticas son resignificadas y transformadas en ese proceso de circulación y consumo.

Es aquí donde entra a jugar el concepto de *fact-totem*: estadísticas con alta visibilidad mediática y pública que concentran la atención de las audiencias y se articulan con relatos identitarios centrales para una colectividad. La noción de *fact-totem* resulta fundamental para dar cuenta del significado del índice de “riesgo país” en la Argentina de 2001, momento en que este índice no sólo se convirtió en una estadística con múltiples significados sino que fue seguido cotidianamente, minuto a minuto, por toda la población. La centralidad del “riesgo país” en detrimento de otros números es lo que lo constituye en un *fact-totem*: durante 2001, dejó de ser un mero indicador financiero para convertirse en una representación

de la sociedad que captaba la atención de un público masivo.

Como hemos visto, en el seguimiento del “riesgo país” intervienen dos actores: los propios públicos que consumen el indicador y recrean sus percepciones y los medios de comunicación masiva, que presentan los números a esos públicos acentuando su carácter dramático. Así, la presencia permanente del “riesgo país” en la prensa convierte a los relatos sobre las estadísticas en micro-narraciones con cualidades melodramáticas: los medios periodísticos convierten un objeto cotidiano en uno cargado de complejas significaciones morales que tienden a simplificar las representaciones sobre la sociedad. De este modo, las estadísticas resultan “objetos sociales multifacéticos” que no sólo representan sino también moldean la realidad. En definitiva, lo que llama la atención es el hecho de que el público en general siguiera la cobertura del riesgo país, lo que acabó convirtiéndolo en una representación colectiva. ¿Pero una representación de qué?

La respuesta a esta pregunta debe buscarse en el vínculo entre los públicos y las estadísticas y, particularmente, en los significados que una estadística de gran significación como el “riesgo país” adquiere en un momento determinado. El argumento sostiene que el índice de “riesgo país” se convirtió en ese año en un espectáculo conscientemente compartido que adquirió un lugar de privilegio en las prácticas de sociabilidad y las conversaciones cotidianas. Una experiencia de la que “todo el mundo” estaba pendiente, expresando una urgencia por estar informados sobre su evolución: de manera similar a un fenómeno televisivo, el “riesgo país” se convirtió en el centro de las discusiones y en un foco de atención ineludible.

Ahora bien: ¿qué significaba el riesgo país en ese contexto? De acuerdo con de Santos, detrás de la estadística cobraron relevancia imaginarios vinculados a las percepciones que los públicos tenían respecto de Argentina y su decadencia. El quiebre de imaginarios forjados en el pasado parecía suceder repentinamente cuando esos imaginarios eran contrastados con una estadística que parecía mostrar inexorablemente que el país se estaba “cayendo del mapa”. Esta imagen de la caída era reforzada, en ese contexto, por la forma en que los medios de comunicación presentaban los números, en tanto el “riesgo país” no se mostraba sólo como un número más, sino a través de comparaciones y *rankings* que mostraban la “terrible” situación del país y que mostraban como Argentina se alejaba rápidamente de los

países del “primer mundo”. El “riesgo país”, en tanto *fact-totem*, cristalizaba para los públicos que lo consumían la representación de una nación en decadencia, sirviendo de vehículo para que esos públicos se imaginaran a sí mismo e imaginaran su propio lugar en el mundo.

Más allá de la originalidad y pertinencia del trabajo de de Santos, se trata de un abordaje que invita a la reflexión no sólo respecto al pasado relativamente reciente de Argentina, sino también de los significados que asumen las estadísticas una vez puestas a circular. En las páginas que siguen organizaré esas reflexiones según un criterio sencillo: en primer lugar, discutiré algunas cuestiones que surgen de la lectura del artículo y que se vinculan con la propia “lógica interna” de su trabajo. En segundo lugar, plantearé una serie de preguntas que si bien exceden la propuesta del artículo apuntan a poner en discusión aspectos vinculados al recorte analítico que se propone y las consecuencias y límites de este recorte.

Comenzando por el primer conjunto de preguntas, surge un interrogante índole metodológico: ¿es posible reconstruir históricamente las representaciones que los públicos tuvieron en el pasado de una estadística? Como hemos señalado, de Santos se apoya en una doble estrategia: el análisis del tratamiento de la estadística en los medios y entrevistas en profundidad a miembros de los “públicos”. Las entrevistas, no obstante, son realizadas unos tres años después del *crack* de 2001. El interrogante que emerge en este sentido es sobre el rol que juega la historia en la construcción de las representaciones pasadas. En otras palabras: ¿Son las representaciones que los públicos rememoran similares a las que se encontraban vigentes cuando el “riesgo país” devino *fact-totem*? ¿Son las sensaciones que se recuerdan idénticas a las que se sintieron en medio de la crisis? Todo esto no invalida la noción de *fact-totem*, sino que abre un interrogante sobre el significado de las representaciones. El paso del tiempo podría tener un efecto singular en este caso, ya que es posible pensar que el recuerdo de un hecho traumático es continuamente resignificado a medida que se suceden nuevos acontecimientos y que nuevas matrices interpretativas entran a circular. Es en este sentido que vale la pena preguntarse hasta qué punto la historia se convierte aquí en una variable explicativa para la comprensión de las representaciones (Calhoun, 2003).

En el caso estudiado por de Santos opera, además, otro factor que resulta clave para comprender cómo se fueron construyendo las in-

interpretaciones alrededor del “riesgo país”. Si los procesos interpretativos se ven afectados por cada nuevo dato significativo que se vuelve conocido, diciembre de 2001 marca una ruptura en términos cognitivos: si hasta ese momento el final de la historia era incierto, luego de ese mes los acontecimientos pasados podrían ser repensados con conocimiento del punto de llegada. Esto significa que si el riesgo país devino en *fact-totem* en un contexto de incertidumbre una parte importante de esa incertidumbre se desvaneció al alcanzarse el final del proceso, por lo que las representaciones pudieron articularse en relación con otro tipo de discursos – y en relación con las interpretaciones respecto del “final” puestas a circular a partir de entonces. En definitiva, sobre lo que nos preguntamos aquí es sobre la posibilidad de reconstruir *ex post* las representaciones acerca del “riesgo país”. ¿Son representaciones sobre el “riesgo país” o sobre una memoria tamizada por la historia?

Una segunda pregunta se desprende de la primera: ¿representó el “riesgo país” durante 2001 sólo la decadencia de la nación? De Santos plantea de manera convincente que el indicador representaba la sensación de “decadencia” y “caída” del país que los públicos tenían durante 2001. Sin embargo, puesto que el “riesgo país” se tornó relevante en un contexto no sólo incierto sino también de recesión económica, suba de impuestos y altas tasas de desempleo: ¿no existían conexiones entre el “riesgo país” y las percepciones de bienestar? ¿No es posible pensar al indicador también como síntesis de las propias vivencias personales?

El tercer punto es un aspecto sobre el que el trabajo de de Santos invita a reflexionar: se trata de las condiciones que hacen posible que, bajo determinadas circunstancias, una estadística asuma la forma de *fact-totem*. En este sentido, la pregunta apunta a desentrañar la conexión entre este tipo particular de estadísticas y los marcos culturales e institucionales en que éstas se despliegan (Hall, 1989). En este sentido, cabe preguntarse sobre la relación existente entre una forma particular de interpretar las estadísticas y las culturas nacionales (Neiburg, 2006). En el caso de Argentina, la vinculación de los públicos legos con los indicadores, en particular con los de tipo económico, tiene una larga historia. Ya desde la década de 1960 la proliferación de indicadores que señalaban el comportamiento de la inflación habían trascendido el ámbito experto para instalarse en los medios y tornarse parte de las preocupaciones cotidianas (Neiburg, 2006). Esto se acentuó durante la última dictadura mili-

tar, no sólo por la centralidad obtenida por la especulación financiera sino también por el hecho de que desde el propio gobierno se buscó performar un *homo economicus* tratando de convertir a cada individuo en un “inversor” (Fridman, 2010). El surgimiento del diario *Ámbito Financiero* en esos años se hizo eco de esa transformación poniendo a circular públicamente estadísticas que hasta entonces estaban circunscriptas al mundo experto, lo cual puede ser visto como una apuesta a que las finanzas se convertirían en la obsesión de la gente (Bonaldi, 1998). Los indicadores, a su vez, adquirieron un significado particular en tiempos de crisis, cristalizando la sensación de urgencia que cada crisis provocaba y sustentando los discursos que, durante más de medio siglo, fueron planteando el declinio de la nación argentina como forma de legitimar el inicio de una nueva etapa. Durante las inflaciones de los años ochenta y, particularmente en la hiperinflación de 1989, el valor del dólar se convirtió en una referencia obligada para todos los públicos, en una expresión de la situación económica y del estado del país. El “riesgo país”, tal como lo analiza de Santos, se inscribe en un contexto particular y asume formas originales (el indicador en sí, resulta original respecto a sus predecesores). Sin embargo, valdría la pena profundizar sobre las relaciones existentes entre la centralidad de este indicador particular y una cultura nacional en que los números han ocupado desde hace décadas un lugar de privilegio en las conversaciones públicas.

Pasemos ahora el segundo conjunto de reflexiones. Como se sugirió, se trata más bien de aspectos sobre los cuales el artículo de de Santos invita a pensar y que exceden su propia lógica interna.

Un primer aspecto, prácticamente ineludible teniendo en cuenta las consecuencias que tuvieron los sucesos de 2001 refiere a la dimensión política. De Santos sugiere un recorte analítico atractivo y novedoso, que propone ir más allá de los juegos políticos y las dinámicas de los actores interesados en la definición de los indicadores, focalizando en la manera en que los públicos entienden las estadísticas. Esto supone quitar del centro de la escena el poder de los números y el interés de los actores y centrarse en los lazos que las identidades de los consumidores de esas estadísticas tejen alrededor de éstas. La cuestión que se plantea aquí es qué significa en términos analíticos realizar tal recorte y en qué medida se hace necesario complementar el análisis propuesto con una mirada que de cuenta de los procesos políticos implícitos en la construcción y circulación de los indicadores. En este sentido, aún manteniendo el foco en la forma

en que los públicos constituyen sus miradas: ¿No se encuentran sus representaciones ligadas a las lógicas e intereses de los espacios de producción? ¿No intervienen de alguna manera los intereses en la forma en que las estadísticas son circuladas y consumidas?

El siguiente punto sobre el que quisiera reflexionar es relacional. Los públicos que analiza de Santos, como él sostiene, son heterogéneos. Pero además de eso, se trata de públicos insertos (o atravesados por) múltiples procesos políticos y económicos que se dan a diferentes escalas. Por lo tanto, mientras los públicos transitan por distintos espacios, consumen no sólo “riesgo país” sino también otras informaciones. De este modo, la lectura del “riesgo país” se produce en simultáneo con la lectura de otros fenómenos, por lo que las representaciones del primero se construyen al mismo tiempo que otras innumerables representaciones. Así, durante 2001, al tiempo que se consumía “riesgo país” los públicos consumían también los debates acerca de la pérdida de legitimidad de la política, la incapacidad estatal, etc. Entonces: ¿es posible pensar los significados que adquiere el riesgo país independientemente de los significados adquiridos por los procesos políticos?

La forma en que los intereses intervienen en la conformación de las representaciones es el último punto que me interesa tratar. El rol de los medios, analizado en detalle por de Santos, es sin dudas crucial para comprender las lecturas hechas por los públicos. Sin embargo, queda abierta la pregunta respecto al impacto que la posición desde la cual los medios plantean sus propias lecturas considero que debería ser profundizado.

La forma en que el indicador es construido, antes de ser puesto a circular, es también un tema de debate. De Santos plantea que una de las características del “riesgo país” es que es un producto que no está producido ni por el estado ni por un organismo, sino “por el mercado y para el mercado”. Pero: ¿qué significa que sea un producto del mercado? En este punto, es preciso avanzar en una discusión sobre el rol y naturaleza de las evaluadoras de riesgo y si estas no son, de hecho, actores interesados en los propios mercados en los que actúan (Aronskind, 2007). Al mismo tiempo, cabría preguntarse qué representan las evaluadoras de riesgo para los públicos y en qué se asienta la creencia en los números que producen.

Por otro parte, independientemente del interés de las agencias que calculan el “riesgo país”, queda abierta la pregunta sobre las

implicancias que los supuestos que estas asumen en esos cálculos tienen sobre la construcción de las representaciones. La suposición de Estados Unidos como el país más seguro del mundo y la selección de variables económicas, financieras, políticas e institucionales que conforman el indicador definen una manera particular de observar y evaluar a los países. El “riesgo país”, en este sentido, es un artefacto cultural que tiene una representación y una significación política particular.

El análisis que realiza Martín de Santos de los significados adquiridos por el “riesgo país” en la Argentina del año 2001 permite ampliar el conocimiento sobre el alcance simbólico de las estadísticas. Habilita, a su vez, a un mayor conocimiento de un aspecto de las estadísticas sobre el que ha habido escasas reflexiones y respecto al cual existen aún menos investigaciones empíricas. En este sentido, las conclusiones que ofrece su trabajo llevan a poner de relieve lo que sucede con los números una vez que trascienden el mundo de la producción experta y cobran vida propia en las miradas y percepciones de los públicos ampliados. El aporte de de Santos abre el espacio para una serie de preguntas e interrogantes invitando a incorporarlas en futuras indagaciones. Su propuesta tiene en este sentido como virtud impulsar la imaginación estadística, con el fin de romper con las formas tradicionales en que estas son empleadas por las ciencias sociales.

Bibliografía

- Aronskind, Ricardo (2007), *Riesgo país. La jerga financiera como mecanismo de poder*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Bonaldi, Pablo (1998), “Ambito Financiero y la dictadura de los mercados”, en Blaustein, Eduardo y Martín Zubietta, *Decíamos ayer: la prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires: Colihue.
- Bourdieu, Pierre (1999), *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Brochier, Hubert (1997), “Economics as a positive and normative science”, en D’Autume, Antoine y Cartelier, Jean (eds.), *Is economic becoming a hard science?* Cheltenham y Brookfield: Edward Elgard.
- Callon, Michelle (2009), “Los mercados y las performatividades de las ciencias económicas”, *Apuntes de Investigación* 11, Buenos Aires.
- De Santos, Martín (2010), “Los factotems y la imaginación estadística: la vida pública de una estadística en la Argentina de 2001”, *Apuntes de Investigación* 16, Buenos Aires.
- Fridman, Daniel (2010), “A new mentality for a new economy: performing the *homo economicus* in Argentina”, *Economy and Society*, Vol. 39, N°2, p. 271-302.
- Hall, Peter (1989), *The political power of economic ideas: Keynesianism across nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Malabre, Alfred (1994), *Lost prophets. An insider’s history of the modern economists*. Boston: Harvard Business School Press.
- McCloskey, Deirdre (1998), *The rhetoric of economics*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Neiburg, Federico (2006), “Inflation: Economists and Economic Cultures in Brazil and Argentina”, *Society for Comparative Study of Society and History*, 48:0303, p.604-633.